# LA PRINCESA PICARONA

CUENTO DE PERRAULT

00163316

# La PRINCESA PICARONA

CUENTO DE CARLOS PERRAULT

EDITORIAL TOR - S. R. L.

Río de Janeiro 760 Buenos Aires

# LA ABEJA

## LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

1 Pinocho en el teatro de títeres
2 Blancanieves y los 7 enanitos
3 Los príncipes encantados
4 La Bella durmiente del bosque
5 Juanfuerte
6 Piel de asno
7 La princesa y el erizo
8 Alí Babá y los 40 ladrones
9 La inocente mensajera
10 Pinocho en campo de milagros
11 El pájaro verde
12 Pulgarcito
13 Los maestros cantores
14 El rey del río de Oro
15 Caperucita Roja
16 Las tres princesas
17 El triunfo del zorro
18 Pinocho en la isla de las abejas
19 La princesa picarona
20 Simbad el marino
21 Canción de Navidad
22 Un viaje maravilloso
23 El niño que se volvió hormiga
24 El enano Zacarías
25 Pinocho en gruta del monstruo
26 El legado del moro
27 El gato con botas
28 El hada de Granville
29 De los Apeninos a los Andes
30 Meñique
31 El rey Cuerre
32 Almendrita
33 Pinocho en el país de juguetes
34 El niño perdido
35 Robin Hood
36 La isla encantada
37 Pif Paf
38 La carga liviana
39 La alfombra mágica
40 El pájaro que reía
41 La Cenicienta
42 Aventuras del rey Beder
43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
44 Pinocho en el fondo del mar
45 Gulliver en el país de enanos
46 La bella Dorigen
47 Las salamandras azules
48 Los zuecos maravillosos
49 Las tres hermanas
50 Fábulas de Iriarte
51 El niño raptado
52 Barba Azul
53 Tanino el hormiguerino
54 Gulliver en el país de gigantes
55 El tejedor de Segovia
56 El príncipe Cododac
57 La amiguita de los pájaros
58 La señorita Scuderi
59 Fábulas de Esopo
60 Constancia
61 Nicolasón y Nicolasín
62 Los rosales de la reina
63 El enfermero del Chacho
64 Grisélidis
65 Alicia en el país de maravillas
66 Aladino
67 Genoveva de Brabante.
68 La Sirenita
69 Peter Pan
70 El patito feo
71 Hombre que vendió su nombre
72 Los tres pelos del diablo
73 Hansel y Gretel
74 La flor del pantano
75 El buque fantasma
76 La cámara del tesoro
77 La desobediencia.
78 El tarro de aceitunas
79 El mensajero de la corona
80 La camisa del hombre feliz
81 La verdad sospechosa
82 La graciosa Emelia
83 El muchacho afortunado
84 La novia elegida
85 Las dos estatuas
86 La botella encantada
87 El mercader de Venecia
88 La obligación
89 El favorito ingenioso
90 Los dos ruiseñores
91 El ladrón de Bagdad
92 El tambor del regimiento
93 El pájaro de oro
94 El barbero silencioso
95 Las tres perlas
96 Gulliver en países maravillosos
97 El príncipe impostor
98 El rey en busca de novia
99 El soldadito de plomo
100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

# La PRINCESA PICARONA

## I

### *LAS TRES HIJAS DEL REY*

ERA la época en que se llevaban a cabo las primeras cruzadas.

El rey de no recuerdo qué país de Europa, siguiendo el ejemplo de otros grandes monarcas, decidió marchar en una de las primeras expediciones, y antes de iniciar un viaje tan largo, puso en orden todas sus cosas, como correspondía a un buen jefe de estado. La regencia del reino la confió a un ministro sumamente hábil y de honestidad a toda prueba.

La marcha del gobierno, quedando en buenas manos como quedaba, no preocupaba mayormente al soberano. Lo que lo tenía inquieto era la suerte que podía correr su familia mientras él estuviese ausente. Y eso que no era muy numerosa, pues ha-

bía perdido a su esposa no hacía mucho tiempo quedándole solamente de su matrimonio tres hijas.

A la primera la llamaban Haragana; a la segunda, Charlatana y a la tercera, Picarona.

## II

## *LAS RUECAS ENCANTADAS*

El rey quería mucho más a Picarona que a sus otras dos hijas. Y la confianza que ésta le inspiraba antes de partir a la Palestina, era solamente comparable al recelo e inquietud que sentía por la suerte de las mayores.

Con el fin de asegurarse de la conducta de las princesas, el buen monarca fué a ver a una hada que era considerada como la más sabia y virtuosa del reino.

—Tengo miedo —le dijo a la maga— de que mis dos hijas mayores hagan alguna barbaridad tan pronto estén lejos de mi vigilancia directa. Por eso acudo a ti en demanda de tu ciencia y virtud.

—¿Quiénes son ellas?

—Haragana y Charlatana. Nadie las conoce por otro nombre. Y a fe que lo tienen bien merecido.

—¿Qué teméis?

—Lo temo todo. Son tan imprudentes y es tan poco el talento que poseen, y viven, además, tan ociosas, que no me extrañaría que, lejos de mi vigilancia, se lanzaran a cualquier locura.

*La confió a un ministro sumamente hábil.*

—Y de la otra hija vuestra, ¿no dudáis?

—No. Su virtud, su talento me inspiran tanta confianza, que tengo la seguridad de que nada malo podrá ocurrirle. Sin embargo, la trataré como a las otras, para que ninguna tenga motivos de queja.

—Me parece muy bien. Decid, pues, lo que deseáis, que al punto procuraré complaceros.

—Quiero que me hagáis tres ruecas de cristal.

—¿Tres?

—Sí. Una para cada una de las princesas.

—¿Y qué propiedad deberán tener esas ruecas?

—La de romperse en el instante en que aquella a quien pertenezca haga algo indebido.

—Vuestros deseos serán cumplidos.

Y el hada hizo las tres ruecas, dando a cada una el poder que el rey le pidiera.

El rey encerró a sus hijas en una alta torre, y después de darles las ruecas de cristal, cuyo poder les explicó con toda clase de detalles, abrazó a las tres niñas, cerró las puertas de la torre con siete llaves, se guardó éstas y se puso en camino.

## III

## *LA DESOBEDIENCIA*

El rey, como buen padre que era, había mandado colocar un aparejo sobre una de las ventanas de la torre, en el que había una roldana por la que pasaba una soga a cuyo extremo ataban las recluídas una canasta en la que un servidor de palacio ponía diariamente las provisiones. Al llegar la noche, las princesas debían retirar la soga antes de acostarse, para que ningún malandrín pudiera subir por ella.

Las dos hermanas mayores se desesperaban por la vida solitaria a que su padre las había condenado mientras duraba su ausencia.

Su hermana Picarona, en cambio, no se aburría. El hilado, las labores, la lectura y la música le proporcionaban magnífica distracción. Además, todos los días encontraba en la canastilla de las provisiones cartas y despachos en los que el ministro regente hacía un detallado relato de cuanto ocurría. Sus hermanas, en cambio, ni siquiera le preguntaban lo que los escritos traían. Decían que el

*Los verdaderos nombres de las tres princesas...*

pesar que las embargaba no les permitía divertirse con tales insignificancias, agregando que le quedarían más agradecidas al ministro, si en lugar de cartas y despachos, les mandara una baraja para pasar el rato.

Y así transcurría la vida de las dos desdichadas, renegando de su suerte y exclamando con frecuencia y poco menos que a gritos:

—Más vale ser pobre y dichosa, que hija de rey y desgraciada.

A menudo se asomaban a las ventanas de la torre para observar lo que ocurría en el campo. En una de ésas y mientras Picarona trabajaba como de costumbre, notaron al pie del edificio en que estaban encerradas a una pobre mujer fea y harapienta. Esta, al verlas, les dijo con frases conmovedoras que era una desdichada forastera que se encontraba en la mayor miseria. Aseguró que sabía muchas historias interesantes y les suplicó que la dejasen entrar en la torre, donde podría prestarles muy buenos servicios, pues era ducha en todos los quehaceres domésticos.

Haragana y Charlatana iban a acceder en seguida, pero recordando, de inmediato, la orden que habían recibido de su padre de no permitir que nadie entrase en la torre, dijeron a la mujer que no podían corresponder a su pedido; pero ésta insistió, pintando con lastimeras palabras el cuadro conmovedor de su miseria.

—No creo que la prohibición del rey —dijo la mayor a la segunda— comprenda a personas de la categoría de esta infeliz. Podemos recibirla.

Echaron la canasta, que era grande y fuerte, y la pordiosera se metió dentro, y gracias a la roldana, las dos hermanas la izaron con bastante facilidad.

Cuando la tuvieron en su aposento y la observaron bien, les disgustó el asqueroso desaseo de sus ropas, y quisieron darle algunos vestidos de ellas para que se cambiara; pero la mendiga, después de agradecerles el ofrecimiento, les dijo que se mudaría al día siguiente, pues deseaba aprovechar el tiempo para vestirlas como merecían.

En esto apareció Picarona, y fué grande su sorpresa y no menor su disgusto al ver a una desconocida tan repugnante en compañía de sus hermanas.

## IV

## *EL PRINCIPE CAUTELOSO*

Mientras tanto, la nueva sirvienta de las princesas, con el pretexto de arreglar las cosas de los aposentos, empezó a escudriñar todos los rincones. Quería enterarse de la disposición interior de la torre. ¿Y saben por qué? Porque aquella pordiosera fea y asquerosa era nada menos que el heredero de un poderoso rey, vecino y enemigo del padre de las princesas. Tenía fama este príncipe de

ser uno de los hombres más malignos de su tiempo, llegando con su astucia a manejar al rey, su padre, como mejor le parecía. Por cierto que para ello no necesitó mucha sagacidad, pues el monarca era tan dulce y bondadoso que había merecido el sobrenombre de Muy Benigno. En cambio, al príncipe, debido a sus acciones tortuosas, lo conocía el pueblo por el Cauteloso.

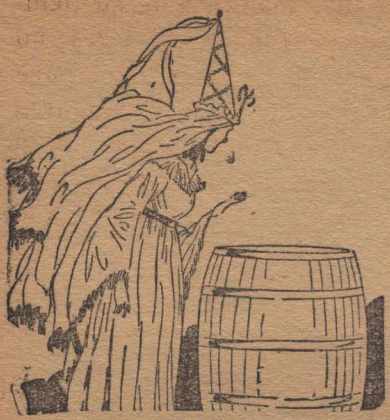
Al príncipe Cauteloso se debía un documento de mala fe que había llevado el embajador y que la penetración de Picarona había tergiversado de manera que redundó en perjuicio de sus autores. El príncipe malvado odió desde entonces más que nunca al padre de las tres princesas. Por eso, en cuanto supo las precauciones que había tomado para salvar la reputación de las niñas, ideó el proyecto que lo llevó a la torre.

Inventando un pretexto, obtuvo el debido consentimiento del rey Muy Benigno para hacer un viaje, e inmediatamente se preparó para penetrar en la torre de la manera que hemos relatado.

## V

## *EL ENGAÑO DE HARAGANA*

Después de examinar bien la morada, comprendió que las princesas, si se ponían a gritar, iban a hacerse oír de los caminantes. Decidió, pues, seguir con su disfraz durante el resto del día; pero



*¡Estaba por fin en su elemento!*

apenas llegó la noche y cuando las tres hermanas terminaron de cenar, arrojó lejos de sí los harapos, y apareció alegremente vestido con un traje bordado en oro y adornado con piedras preciosas. Y las pobres niñas quedaron aterradas y echaron a correr para ponerse fuera del alcance del intruso. Picarona y Charlatana, que eran muy ágiles, llegaron pronto a sus respectivas habitaciones en las que se encerraron en un abrir y cerrar de ojos. Haragana, en cambio, como para ella suponía un trabajo extraordinario ponerse a andar, no intentó escapar del príncipe.

Este se arrojó a sus pies y con toda cortesía le confesó quién era.

Haragana quedó tan aturdida, que no encontró palabras para contestar al príncipe. Este seguía permaneciendo de hinojos, haciéndole toda clase de declaraciones de amor y pidiéndole que se casara con él.

Como la pereza natural de la muchacha no le permitía entrar en discusión, le dijo al príncipe

que consideraba sinceras sus palabras y, por lo tanto, aceptaba el ofrecimiento que le hacía.

Sin mayores formalidades, quedó arreglado el matrimonio entre la negligente princesa y el perverso doncel. Y como allí no había cura que los pudiera casar ni era posible salir para ir a la sacristía más próxima, se consideró realizado el enlace desde aquel momento.

¡Y la rueca de cristal se rompió en mil pedazos!

## VI

## *LA CAIDA DE CHARLATANA*

Mientras tanto, Picarona y Charlatana permanecían llenas de inquietud, encerradas cada cual en su aposento. Las habitaciones se encontraban muy lejos de sí, de manera que cada una ignoraba la suerte corrida por sus hermanas. Debido, pues, a la permanencia del temible intruso y a la falta de noticias, Picarona y Charlatana pasaron la noche sin poder pegar los ojos.

Al día siguiente, el astuto y perverso príncipe condujo a Haragana a una pieza que daba sobre el jardín. Esta obedeció, pues, en su ignorancia, se consideraba ya la legítima esposa del malvado. Sin embargo, le expresó el deseo de saber dónde se encontraban sus hermanas, confesándole el temor que sentía de que la retaran por su casamiento.

Cauteloso le dijo que no debía tener temor alguno, pues él se encargaría de explicárselo, y conseguiría su aprobación.

Cuando vió que se había tranquilizado, se retiró, y, después de haberla encerrado sin que se diera cuenta, se puso a buscar a las otras princesas por todas las habitaciones de la torre. Esta tarea le llevó mucho tiempo, pues el edificio era grande y lleno de corredores y escaleras que formaban verdaderos laberintos. Pero el vicio de Charlatana facilitó sus planes.

Como esta princesa no tenía con quién conversar, deseando satisfacer su maldito afán, empezó a quejarse en voz alta. Cauteloso, en una de sus desesperadas recorridas, la oyó, se aproximó a la puerta del aposento del que partían las voces, y la vió por el ojo de la cerradura.

El intruso le dirigió la palabra, empleando los mismos argumentos que con Haragana. Le dijo quién era y que se había arriesgado a entrar en la torre con el único objeto de ofrecerle su mano y su corazón. Elogió su hermosura y su talento con frases conmovedoras, y fueron tantas y tan lindas sus palabras, que Charlatana, que estaba muy pagada de su belleza y de su ingenio, cometió el disparate de creer en su mentida declaración y de responderle con palabras cordiales y expresivas.

Como nunca se ocupaba de otra cosa que de

charlar, cualquier contratiempo la agarraba sin recursos. Estaba muy mal acostumbrada, pues cada vez que precisaba algo, recurría a Picarona que, más previsora que sus hermanas, tenía en su aposento una infinidad de dulces, tortas, pasteles y conservas de todas clases.

Charlatana, pues, estaba muerta de hambre. Y esto por una parte y por otra, el deseo de hablar, la decidieron a corresponder a las protestas que el príncipe le hacía, y le abrió la puerta. Entró éste y representó magníficamente el papel de rendido enamorado.

—Creo en vuestro amor y yo os amo también —le dijo ella—. Pero tengo un hambre que no veo. ¿Por qué no seguimos conversando en la despensa, entre bocado y bocado?

—Me parece bien —contestó Cauteloso, a quien con tanto subir y bajar escaleras y recorrer pasillos se le había abierto el apetito.

—Vamos. Yo os conduciré.

Y a la despensa fueron los dos. Durante el trayecto, que era bastante largo, la princesa no dejó de hablar un solo momento. Unicamente cuando ya habían empezado a comer y aprovechando que tenía la boca ocupada totalmente por el contenido íntegro de una empanada, pudo el intruso reanudar su declaración de amor.

Cuando terminaron, Cauteloso empezó a exagerar su cariño hacia la que decía haber elegido por

*Cuando la tuvieron en su aposento...*

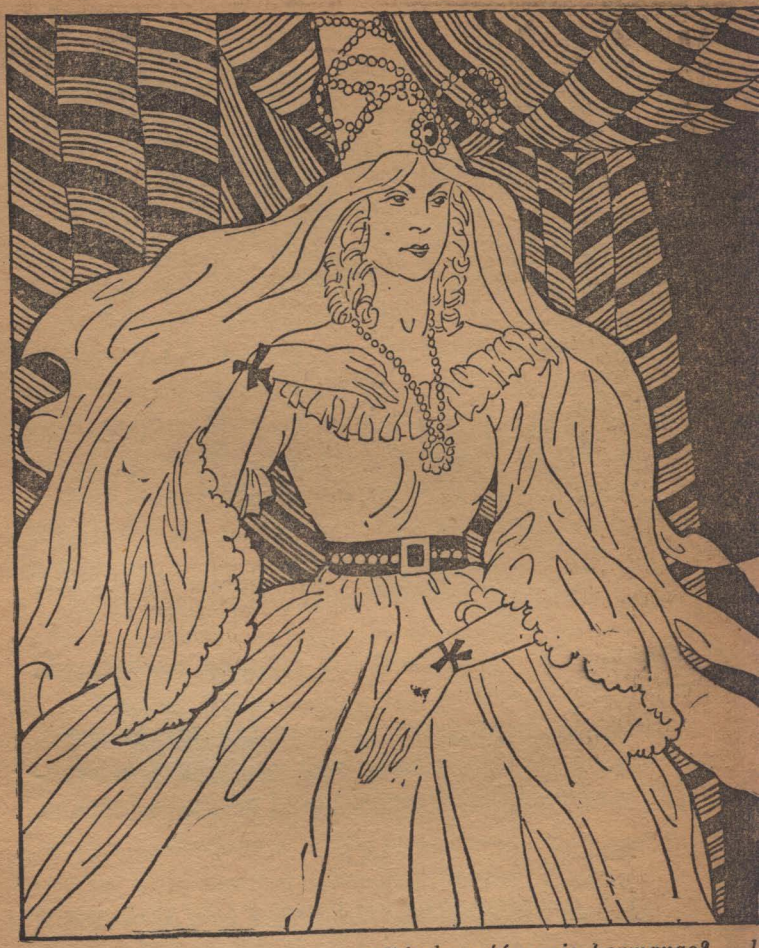
esposa, y las ventajas que la princesa encontraría casándose con él.

Después de algunas réplicas tan largas como vacías de sentido, Charlatana se declaró convencida y se consideró casada con el perverso intruso.

## VII

## *LA DESCONFIANZA DE PICARONA*

Cuando llegó la noche, Charlatana se dirigió a su aposento y quedó muda de espanto, pues sola-



*—¿Dónde están mis hermanas? —*

*quntó Picarona, mirándolo con severidad.*

mente el espanto la podía dejar sin habla. Allí, esparcida por el suelo, hecha mil añicos, estaba la rueda encantada.

El príncipe fingió afligirse, pero interiormente experimentó un diabólico placer, pues con ella poseía la seguridad de que el padre de las desdichadas tendría una prueba irrecusable de la desobediencia de sus hijas.

Con mucha razón, Charlatana temía que sus hermanas la reconviniesen severamente tan pronto se enterasen. Como había hecho antes con Haragana, Cauteloso se ofreció a buscarlas, asegurando que les comunicaría lo ocurrido con razones poderosas y convincentes.

Volvió a recorrer la torre en busca del aposento de Picarona. Para facilitar el trabajo, fué abriendo todas las piezas, y cuando solamente quedaron tres cerradas con llave, no le cupo duda de que una de ésas era la que buscaba. Sabía cuáles eran la de Charlatana y la de Haragana. La restante era la de Picarona.

Cauteloso se aproximó al ojo de la cerradura y repitió la vibrante declaración de amor en la que habían creído las dos hijas mayores del rey.

Pero Picarona no era fácil de engañar. Al revés de lo que habían hecho sus hermanas, lo escuchó sin responderle.

Sin embargo, decidió contestarle y lo hizo diciéndole que para creer en la sinceridad de su

*Cuando penetró en la pieza...*

declaración era preciso que bajara al jardín, cerrara tras si la puerta y se conformara con escuchar lo que le iba a decir desde la ventana.

Cauteloso no quiso aceptar la proposición de Picarona, y exasperado ante el empecinamiento de la niña, fué a buscar un grueso pedazo de madera y a golpes hizo saltar la cerradura de la puerta.

Cuando penetró en la pieza se encontró con lo que menos esperaba: Picarona, empuñando un gran martillo que por casualidad habían olvidado allí, estaba dispuesta a defenderse, y le dijo:

—Si os aproximáis, os abro la cabeza de un martillazo.

—¿Es posible, hermosa princesa —dijo el perverso, con melosa voz—, que paguéis el amor que os ofrezco, con semejante aborrecimiento?

—¿Dónde están mis hermanas? —le preguntó Picarona, mirándolo con severidad.

—Lo ignoro, pues sólo a vos he buscado con afán desde que penetré en esta torre.

Semejante respuesta aumentó las sospechas que desde un principio el malvado príncipe le había inspirado a Picarona. De ahí que la pobre temblara por la suerte de sus hermanas y jurara vengarlas y evitar la desventura a que estaban expuestas.

Le dijo entonces a Cauteloso que estaba conforme en casarse con él; pero que, como tenía la seguridad de que los matrimonios realizados de noche eran desdichados, le suplicaba que aplazara el de ellos para el siguiente día por la mañana. Le aseguró además que hasta entonces nada diría a sus hermanas. Después le pidió por favor que la dejara sola para rezar, y terminó prometiéndole llevarlo a una pieza donde encontraría una buena cama. Tan pronto amaneciera, podría subir a su aposento para pasar el resto del día.

## VIII

## *LA TRAMPA*

Como Cauteloso en realidad no era un hombre valiente, viendo que Picarona no dejaba de empuñar el martillo, accedió a los deseos de ésta, retirándose para que pudiera rezar.

Apenas se quedó sola, la princesa corrió a preparar una cama sobre la roca de un albañal muy profundo y ancho al que iban a parar todas las inmundicias de la torre. Colocó sobre el agujero dos o tres palos poco resistentes y encima de ellos extendió el colchón con sábanas muy blancas y perfumadas.

El príncipe, que estaba rendido de tanto ir de un lado para otro, se dejó caer, sin desnudarse siquiera, sobre el lecho tan artificiosamente preparado. Con el peso de su cuerpo se rompieron los frágiles travesaños sobre los que estaba extendido el colchón y fué a dar con toda su humanidad al fondo del albañal. ¡El asqueroso amador estaba por fin en su elemento!

El ruido que hizo Cauteloso al caer junto con las maldiciones que profirió, dieron a entender a Picarona, cuyo aposento se hallaba próximo, que la trampa tendida había funcionado a maravilla. Ya se imaginará el lector el placer inmenso que experimentó la niña al oírle revolcarse y jurar como un condenado en el fondo de la cloaca.

Sin embargo, el júbilo experimentado no le impidió a Picarona pensar en sus infelices hermanas. Lo primero que hizo fué ir en su busca.

A Charlatana la encontró en seguida, porque el perverso, después de haberla encerrado, no tuvo la precaución de retirar la llave de la cerradura.

Y como la desdichada no cesaba de hablar aun

estando sola, le resultó tarea fácil ubicarla. Picarona le rogó que se callara, y entonces le explicó lo que acababa de ocurrirle con el infame príncipe.

El relato de su hermana produjo en Charlatana un doloroso efecto, pues había tomado en serio la comedia representada por Cauteloso. Sin embargo, disimuló lo mejor que pudo su pena, y salió de su aposento con Picarona para ir en busca de Haragana.

Recorrieron una por una todas las habitaciones de la torre, sin encontrarla. Por último, a la sagaz princesita se le ocurrió pensar que tal vez estaría en las piezas que daban al jardín. Allí fueron, y, en efecto, la encontraron medio muerta de hambre y desesperación. Le prestaron los socorros del caso, y después de mutuas confidencias que llenaron de pesar a las dos hermanas mayores, decidieron ir a descansar de emociones tan ingratas.

## IX

## *LA VENGANZA DE CAUTELOSO*

Es de imaginar la noche que pasó el príncipe malvado metido en la alcantarilla. La llegada del nuevo día no mejoró gran cosa su situación. Se encontraba en lo más profundo de una fétida caverna cuyos horrores no podía distinguir por la ausencia de luz. ¿Cómo abandonar aquel lugar insoportable? No veía la salida por ningún lado.

Después de ir de un lado para otro con la energía que proporciona la desesperación, encontró el desagüe de la cloaca, que daba sobre un río que bañaba una pradera situada bastante lejos de la torre. Allí empezó a gritar a todo lo que daban sus pulmones. Y unos pescadores que lo oyeron, lo sacaron en un estado tan lastimoso, que daba pena verlo.

*—Para castigaros como merecéis...*

Inmediatamente el príncipe se dió a conocer, y una vez que se bañó bien e hizo lavar su ropa, mandó que lo llevaran a la corte del rey, su padre.

Instalado de nuevo entre los suyos, a fuerza de tiempo y de permanentes cuidados, logró reponerse del susto y de las contusiones recibidas.

El recuerdo de aquella aventura le inspiró un odio tan tremendo contra Picarona que, durante su convalecencia, sólo pensaba en reponerse del todo para vengarse de tamaña ofensa.

Para llevar a cabo su venganza, hizo que llevaran y colocaran bajo las ventanas de la torre

donde estaban encerradas las tres princesas, grandes cajones con lindos árboles cargados de fruta en sazón. Haragana y Charlatana, tan pronto vieron aquellas golosinas, sintieron deseos de comerlas, y tanto le dijeron a Picarona, que era la más ágil, que al fin ésta se decidió a complacerlas y descendió con la canasta de las provisiones hasta la copa de los árboles. Poco después sus hermanas mayores devoraban las exquisitas frutas.

Al día siguiente aparecieron nuevos cajones con frutas de otra especie, y Haragana y Charlatana volvieron a experimentar el mismo deseo. Picarona, accediendo por segunda vez a sus ruegos, bajó de nuevo. Pero esta vez fué para no subir con la codiciada carga, pues los emisarios de Cauteloso, que el primer día habían errado el golpe, salieron del escondite donde se hallaban y se apoderaron de la niña.

Los hombres del infame príncipe llevaron a Picarona a una casa de campo donde Cauteloso estaba convaleciendo.

Después de tenerla prisionera durante algunos días, ordenó que la llevaran a la cima de una alta montaña, a donde él se dirigió después.

Cuando estuvo ante la princesa, le comunicó que la iban a matar de una manera que lo vengaría con creces de la caída en la cloaca.

Después de hacerle tan trágico anuncio, le mos-

tró un tonel cuya parte interior estaba erizada de puntas de acero y clavos retorcidos.

—Para castigaros como merecéis —le dijo—, os meteremos dentro de este tonel bien "forrado" y os echaremos a rodar montaña abajo. ¡Lindo paseo!

Y terminó lanzando una carcajada.

Picarona permaneció tan serena ante la perspectiva del terrible suplicio, que llegó a impresionar al malvado.

## X

## *EL JURAMENTO DE PERFECTISIMO*

La impresión que a Cauteloso le produjo el temperamento heroico de Picarona, no fué de admiración. Por el contrario, sintió redoblar su rencor y no pensó en otra cosa que en apresurar la ejecución de su siniestro plan, y procurar que no fallara en ninguno de sus detalles. Movido por este deseo y con el fin de cerciorarse de que las paredes del tonel estaban bien provistas de instrumentos de tortura, se inclinó a su borde. Entonces Picarona, aprovechando el instante en que su perseguidor parecía absorto en la contemplación de su obra diabólica, con la rapidez del rayo lo precipitó dentro, lo echó a rodar por la cuesta de la montaña y huyó a todo lo que daban sus ágiles piernas.

Los esbirros del príncipe, que, aunque hombres rudos, habían visto con disgusto la manera brutal como su amo trataba a la delicada y heroica niña, no se tomaron el trabajo de perseguirla. Además, se habían quedado tan asustados, era tan fuerte la impresión recibida al ver lo que le había ocurrido a Cauteloso, que a todos les faltó tiempo para arrojarse a detener el trágico tonel. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. La mortal bordelesa rodaba vertiginosamente, dando tumbos entre peña y peña y no parando hasta llegar al valle que se extendía al pie de la montaña. Hasta entonces no pudieron sacar al príncipe cubierto de sangre y hecho una llaga viva de los pies a la cabeza.

El accidente ocurrido al heredero de la corona causó gran pesar al rey Muy Benigno, así como a su hermano, el príncipe Perfectísimo. En cuanto a los caballeros de la corte y a los hombres del pueblo, lejos de sentirlo, se alegraron, pues Cauteloso era aborrecido por todo el mundo. Nadie alcanzaba a comprender cómo su joven hermano, cuyos sentimientos eran tan elevados, podía vivir a su lado y quererlo como en realidad lo quería. Pero, a pesar de los tiernos cuidados recibidos, las heridas de Cauteloso se irritaban cada día más, produciéndole atroces sufrimientos.

Un día los médicos manifestaron que no había ninguna esperanza de salvar al enfermo.

El pesar de Perfectísimo fué en aumento. Y Cauteloso, pérfido como siempre a las puertas de la muerte, abusando de la ternura del muchacho, le dijo:

—Hermano mío, voy a morir... Como último testimonio de tu cariño prométeme que harás lo que voy a pedirte.

*Hasta entonces no pudieron sacar al príncipe...*

Incapaz de negar nada a su hermano moribundo, Perfectísimo le prometió bajo fe de los más terribles juramentos que haría cuanto le pidiera como última voluntad. Después de abrazarlo con fingida ternura le dijo con ronca voz Cauteloso:

—¡Gracias, hermano mío! ¡Al fin puedo morir con la satisfacción de que seré vengado! Lo que tengo que solicitarte como voluntad postrera es que, tán pronto haya muerto, pidas en matrimonio a la princesa Picarona, y una vez la tengas en tu poder, le entierres un puñal en el pecho para quitarle la vida instantáneamente.

Instantes después Cauteloso expiraba.

## XI

### *EL CASTIGO*

Después de lanzar a su perseguidor dentro del tonel, Picarona emprendió la fuga, como ya hemos dicho. Tras largas y fatigosas jornadas, llegó al pie de la torre donde se encontraban encerradas sus hermanas, y le fué fácil volverse a reunir con ellas, empleando la canasta de las provisiones.

Una mañana, entre los despachos remitidos por el regente, encontró la noticia de la muerte del príncipe Cauteloso, y poco tiempo después les fué anunciado el regreso del rey, su padre.

El primer cuidado de éste al reasumir el mando fué pedir a sus hijas la rueca de cristal. Haragana fué a buscar la de Picarona y se la mostró al soberano. Después hizo una profunda reverencia y la volvió a llevar a su sitio. Charlatana siguió el ejemplo de la anterior, y Picarona, por último, trajo su propia rueca, o sea, la misma.

El rey no se dió por satisfecho, y quiso ver las tres ruecas juntas. Como es natural, sólo Picarona pudo enseñar la suya.

El comportamiento de sus dos hijas mayores hizo montar en cólera al rey, quien dispuso que fueran a la casa del hada que había hecho las ruecas, con orden de que las castigara.

*—Para que no volváis a desobedecer las órdenes...*

—La ociosidad —les dijo la maga— es la madre de todos los vicios. Para que no volváis a desobedecer las órdenes recibidas y recuperéis el tiempo perdido, voy a daros la ocupación que merecéis.

Pasando de las palabras a los hechos, la maga obligó a las princesas a desempeñar los más rudos menesteres, arrancando legumbres, carpiendo y cavando la tierra con un pesado azadón.

Haragana no pudo resistir semejante cambio de vida, y murió de desesperación y de cansancio. En cuanto a Charlatana, después de haberse escapado una noche de la residencia del hada, se partió la cabeza contra un árbol, y a consecuencia de la herida murió atendida por unos humildes campesinos.

## XII

## *EL CASAMIENTO*

Al enterarse de la suerte corrida por sus hermanas, Picarona creyó morir a su vez de pena, pues las quería mucho. Para colmo de males, supo que Perfectísimo, el entonces heredero del trono del país vecino, había solicitado su mano, y que el rey se la había concedido. Al recibir la noticia se estremeció, pues temía, no sin fundamento, que Cauteloso hubiese trasmitido a su hermano menor el rencor que le guardaba. Alarmada, como es de imaginar, fué a consultar al hada

amiga de su padre el rey. Y ésta se limitó a decirle:

—La prudencia y el buen tino han sido siempre las normas de vuestra conducta, haciéndoos practicar la máxima que dice: "La desconfianza es la madre de la seguridad". Seguid observando ésta como hasta aquí, y conseguiréis ser dichosa.

Días después, un embajador del rey Muy Benigno se casó por poder otorgado por Perfectísimo, con la princesa Picarona. Una vez realizada la ceremonia, la condujo en una carroza magnífica al palacio del heredero de la corona.

Con zalamerías, la princesa sedujo a la sirvienta que tenía la llave de su aposento, y con ayuda de la misma obtuvo cierta cantidad de paja, una vejiga llena de sangre de oveja y las tripas de algunos animales que habían sido servidos en el banquete. Con todas estas cosas, entró en una pieza contigua al dormitorio y arregló un muñeco lleno de paja, dentro del cual puso las tripas y la vejiga con la sangre de oveja. Estando el muñeco a su gusto, lo acostó en su cama y se escondió.

Más tarde, el príncipe entró en la habitación, desenvainó el puñal y atravesó con él lo que consideraba el cuerpo de su esposa. La sangre salió en seguida a borbotones.

—¿Qué he hecho, Dios mío? —exclamó Perfec-

tísimo—. ¿Cómo he podido cumplir mi terrible juramento manchando mis manos con un crimen?...

Oyéndolo Picarona, exclamó, saliendo de su escondite:

—Tranquilizaos, que no estoy muerta. Adivinando vuestro arrepentimiento, os he evitado un crimen.

Refirió la princesa a Perfectísimo lo que había hecho, y, loco de alegría, el joven la abrazó.

Y vivieron largos años felices como nunca lo fueron príncipes en la tierra.

FIN

Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 9 de junio de 1945.

SC
4J
C-LA
19

# TOR